aun estando muy fuerte su pasion, se esfuerce à aplicarse à otros negocios. ¿Qué le sucederá? Que no logrará el intento de desviar el alma del objeto, que le apasiona: ¿porque, cómo el menor atractivo ha de tener mas fuerza, que el mayor para arrastrarle? Cómo el menor peso ha de inclinar la balanza á cia su lado? Asi despues de forcejar algun tiempo, dexará el uso del remedio como inutil.

22 ¿Quieres vér dos pruebas prácticas de lo que voy razonando? Vélas aqui. El Autor del libro intitulado: *Anales de la Corte, y de París de los años de* 1697, y 1698, refiere, que haviendose declarado el Principe de Conti pretendiente à la Corona de Polonia, apadrinado para el logro por el gran poder de la Francia, tomó con suma tibieza tan importante negociacion. ¿Y por qué? Faltabale por ventura actividad, ò ambicion? Nada de eso; sino que, si pasase à Polonia, era preciso dexar en París una Señora, à quien amaba con extremo. El Autor de las *Memorias concernientes al Reynado de Carlos IV, Duque de Lorena*, refiere, queestando este Principe en Bruselas, se apasionó furiosamente por la hija de un Burgo-Maestre de aquella Villa. La madre, que era una matrona muy séria, la guardaba con suma vigilancia, de modo, que al Duque, por mas que lo solicitó, le fue imposible hablar ni una palabra à solas à la Doncella. Finalmente, haviendo concurrido en un festin la Madre, la Hija, y el Duque, con otras personas principales del Pueblo, como la pasion del Duque era notoria à todos, por modo de chanza se empezó à hablar de ella, y el Duque tomó de aqui ocasion para poner à todos los del concurso por intercesores con la madre, para que dentro del mismo salón, y à los ojos de todos le permitiese hablar, algo apartado, pocas palabras en secreto con la hija. Rehusandolo siempre la madre, propuso el Duque la condicion de hablarla no mas que el tiempo, que pudiese sufrir un ascua encendida, apretada en la mano. Sobre un pacto tan aspero, y de tan dificil execucion, instaron todos tanto, que la madre convino en él, persuadida à que apenas tomaria la ascua en la mano, quando se la haria arrojar el dolor, y la conversacion se acabaria, al abrir los labios para empezarla. Apartóse, pues, el Duque

que con la doncella: tomó la ascua en la mano: dió principio al coloquio, y fue prosiguiendo en él algun tiempo, con admiracion de todos, hasta que la zelosa madre, no pudiendo sufrirlo, acudió à estorvarlo. En efecto, halló la brasa yá enteramente apagada, à costa del intensisimo dolor, que sufrió el Duque, apretandola en la mano para extinguirla. Vease ahora, si la ansia de una Corona, si el dolor de la adustion no divierten el cuidado, ni entibian el ardor de una pasion amorosa, quánto menos se puede esperar de otras solicitudes, sin comparacion menos graves? Confieso, que pasiones tan grandes no ocurren à cada paso; pero tampoco pueden aplicarse à las que son menores, sino en casos muy extraordinarios, tan activos remedios.

§. VII.

23 EL quarto es hacer la mas viva, y continuada reflexion, que se pueda, sobre los defectos de la persona amada. Ciertamente no se hallará alguna, que no los tenga. Son tantas las partes de que se debe componer un todo absolutamente perfecto, que la concurrencia de todas en un sugeto es caso metaphysico. Ovidio añade à este precepto la ingeniosa advertencia de procurar con estudio, que esos defectos incurran freqüentemente à los ojos del amante: como si tiene malos dientes, provocarla muchas veces à risa: si es desayrada en danzar, solicitarla à que dance: si tiene mala voz, que cante, &c. finalmente quiere, que à la ficcion ayude algo la realidad: v. g. si en el color declina algo à morena, imagínela el amante negra; pequeña, sino es muy alta: muy alta, sino es pequeña; rustica, si es sencilla: faláz, si es cortesana, &c.

24 ¡O qué bien suenan estos preceptos, colocados en los versos elegantes de aquel Poëta! Pero, ò qué desnudos de eficacia se encuentran en la práctica! Creo, que ningun apasionado hay, ni huvo jamás, deseoso de su curacion, que no echáse mano del remedio de considerar los defectos de la persona amada. Este auxilio es el que ocurre el primero à todos; pero apenas sirve à alguno, salvo que la pasion sea débil, ò los defectos enormes: y aun sobre eso

eso es menester, que no se hayan descubierto à los principios, porque quien con el conocido contrapeso de esos defectos empezo à amar mucho, proseguirá en amar, por mas que piense en ellos. O por mejor decir, quien en el nacimiento de su pasion no tuvo los defectos por contrapeso equivalente de las perfecciones, ¿por qué principio variará el juicio despues? Por pensar mucho en ello; ¿qué premisa nueva le ocurrirá, de donde infiera, que el objeto es igualmente, ò mas aborrecible por sus imperfecciones, que amable por sus prendas? Repita norabuena quanto quiera la inspecion de unos dientes medio podridos. ¿Qué importa, si al mismo tiempo le están fascinando el alma unos ojos brillantes? Sería menester, para lograr algun efecto, apartar primero fuera de tiro de pistola los ojos de los dientes, y que esta separacion duráse siempre. De nada servirá aplicar el balsamo à la llaga, si al mismo tiempo está el acero renovando la herida.

25 Lo de ayudar la realidad con la ficcion es una impertinencia, que estraño mucho haya cabido en el claro entendimiento de Ovidio. Querer que un hombre finja, y luego crea lo que finge, es querer una quimera. ¿Cómo ha de tener por realidad, lo que sabe que es ficcion propria? Pero pretender esto de un amante: en orden à defectos de la persona amada, es un empeño el mas extravagante, que puede venir à la imaginacion. La credulidad de los amantes está enteramente enderezada al lado opuesto: quiero decir, son faciles à creer en el objeto amado perfecciones, que no hay, ò las que hay, creerlas mayores de lo que son. Para los defectos por el contrario: apenas viendolos, los creen; por lo menos los minoran en su imaginacion quanto pueden. Es proprio del amor abultar las perfecciones; del odio engrandecer los defectos. Querer, pues, que un amante abulte los defectos, creyendo por exemplo, que la trigueña es negra, que la que tiene un dedo menos de la estatura justa, es enana, ¿qué otra cosa es, sino pretender, que enteramente se trastorne la naturaleza de los afectos?

26 Otras dos recetas dá el famoso Medico del amor, que no son otra cosa mas que dos borrones de sus escritos. El

El primero es la redundante saciedad del apetito. ¡Remedio torpisimo! Mas lo peor es, que es torpisimo, y no es remedio. ¿Por ventura el hydropico, que bebe una vez, no solo toda el agua que apetece, pero aun mayor cantidad, extinguirá para siempre su sed? La saciedad de hoy causará tédio mañana?

27 La segunda es procurar prendarse de otro objeto: pero esto es curar una llaga con otra. Es medio para commutar la enfermedad, no para grangear la salud. ¿Y dado que lo fuese, es facil esa commutacion? El enfermo, de quien se recabáre la translacion del cariño à otra parte, no está muy enfermo; pero supongamos el doliente, reducido à usar de éste remedio, y que yá designa nuevo idolo à sus cultos: ò le imagina superior en merito al primero, ò igual: ò inferior. Si inferior, no podrá inclinar la balanza del corazon à su lado, porque está gravando al brazo opuesto mayor peso. Si igual, se conciliará igual pasion à la antecedente: ¿qué adelantamos, pues le dexamos igualmente enfermo? Si superior, encenderá fiebre mas intensa & *fient novissima hominis illius pejora prioribus.* Bello remedio es el que aumenta la enfermedad.

28 Finalmente, un remedio muy vulgarizado, no solo en conversaciones, mas aun en Autores de máximas morales, pero remedio unicamente para los individuos de nuestro sexo, es considerar los vicios, yá physicos, yá morales del otro. ¡O, en quántos libros se encuentran sangrientas declamaciones contra las pobres mugeres, propuestas à este fin! Yá se dice, que son animales imperfectos, asquerosos, vasos de inmundicia: yá que son engañosas, inconstantes, perfidas, malignas. Mas todo esto no es otra cosa, que hacer mucho ruido, disparando al ayre. Hagan de mí lo que quisieren, si entre millones de hombres, muy apasionados por mugeres, me dieren uno solo, que se haya curado con esas consideraciones. No hay quien, para amar, ò aborrecer, no escuche en primer lugar el informe de sus sentidos. Prediquenle quanto quisieren, que es animal imperfecto la muger, al que está apasionado por alguna, que entretanto que en la que él ama, vea un rostro hermoso, oy-

oyga una voz dulce, experimente un genio amable, se reirá de los prediques, y del mismo Predicador: y aun dirá acaso (no sin algun fundamento), que los animales imperfectos son los tontos, que trahen à cada paso en la boca tales simplezas. Lo que yo puedo decir, porque lo he observado, es, que por lo comun los que freqüentemente inculcan semejantes invectivas contra las mugeres, son los que apenas aciertan á apartarse jamàs de ellas, unos jovenes charlatanes, y bufones, sin juicio, sin entendimiento, sin modestia, que en todos tiempos, y lugares, con los ojos, con las voces, con los ademanes, están publicando su desordenada inclinacion al otro sexo. Hacen lo que Seneca, que predicaba mucho contra las riquezas, y no cesaba de acumularlas.

29 Pero los que con buen zelo (que hay muchos sin duda) representan à los hombres estos males de las mugeres, no advierten la falta de caridad en que incurren. Si esa consideracion para los hombres es triaca, para las hembras será veneno. Quiero decir: Si la consideracion de que la muger es animal imperfecto, y vaso de inmundicia, entibia al hombre, respecto de la muger, como esta reflexion envuelve la otra, de que el hombre es un animal perfecto, y limpio, representada à la muger, la entenderá respecto del hombre: *Contrariorum eadem est ratio.* Con que esto viene à ser, quitar la llama, que está abrasando una casa, y aplicarla al incendio de la vecina. Pero bien mirado, por esta parte yo los absuelvo de todo escrupulo. Ojalá curasen à los hombres, que con eso solo quedarian por la mayor parte curadas las mugeres. La lascivia es un mal contagioso, que casi siempre tiene su origen en nuestro sexo. Acaso los que con buen zelo proponen à los hombres aquellas consideraciones, tienen previsto esto mismo, y por eso aplican la medicina solo à la causa del mal. La lastima es, que la receta de nada sirve.

§. VIII.

30 Vista yá la ineficacia, ò inutilidad de todos los remedios, que hasta ahora se han discurrido para la

la fiebre del amor, resta que propongamos el de nuestra invencion. O quántos Lectores me parece oygo, que al llegar aqui, me insultan con aquello de Horacio.

Quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?

31 Sin embargo constantemente afirmo, que mi remedio es sin comparacion mejor, que todos los que hasta ahora se han recetado, porque tiene las siguientes calidades: La primera, que es aplicable à todo genero de personas, en todos tiempos, y en qualesquiera circunstancias. La segunda, que todos, sin exceptuar alguno, tienen en su casa, y à su arbitrio los ingredientes de que se compone. La tercera, que su uso nada dificil es, ni penoso. La quarta, y principal, que aunque no à todos cure perfectamente, ningun enfermo havrá, à quien no alivie algo; lo que apenas la medicina de los cuerpos podrá asegurar con verdad de ninguno de sus mas decantados especificos. Vamos al caso.

32 La experiencia muestra a todo el mundo, que para las pasiones del alma la imaginacion viva del objeto hace el proprio efecto, que el objeto mismo presente. El pusilanime se conmueve, y tiembla al imaginar vivamente un objeto terrible, y espantoso: el enamorado, no solo quando tiene à la vista la hermosura, que le prendó; mas tambien quando piensa con alguna intension en ella, siente en el corazon aquella commocion propria del amor. Esto viene de que la imaginacion hace en las fibras del celebro aquella misma impresion, que hace el objeto: ò yá de perda esto de cierta conexion natural, que hay entre tales, ò tales actos del alma con tales, ò tales movimientos del cuerpo; ò yá de que el Autor de la Naturaleza voluntariamente unió el alma con el cuerpo, debaxo de la ley de succederse tales movimientos del cuerpo à tales actos del alma, y al contrario: de modo que esto no provenga de alguna exigencia natural del cuerpo, ù del alma, sino del mero querer del Criador. Esto segundo pretenden muchos modernos: y si no es mas verdadero, que lo primero, es por lo menos mas inteligible.

33 Creo, que en algunas pasiones, aun en la presencia del objeto, es la imaginacion quien dá todo el impulso à las fibras del celebro, ò solo mueve el objeto las fibras del celebro

bro por medio de la imaginacion. Quando à uno con voz nada fuerte, ni terrible, se le dice una injuria, que le irrita, y conmueve la ira, no es creíble, que la material articulacion, y sonido de las palabras, mediante la impresion, que hace en el organo del oído, derive à las fibras del celebro aquel movimiento de que pende la ira. Si fuese asi se irritaria el que las oye, que entendiese su significado, que no: lo qual no sucede, sino que solo se irrita, quando entiende el significado de las palabras: luego es porque el objeto dá impulso á las fibras del celebro, solo mediante el concepto, que hace el alma de la injuria; esto es, que el alma con la representacion de la ofensa tiene una especie de agitacion, la qual induce tal movimiento en las fibras del celebro.

34 De este influxo, que tiene la imaginacion en el celebro, viene la mayor parte del mal, que nos causan nuestras pasiones, y principalmente del que causa la pasion amorosa. Si el amor solo se encendiese à la presencia del objeto, sería una dolencia de cortisima duracion: una llama momentanea como de relámpago, pues solo con cerrar los ojos, ò volverlos à otra parte, se disiparia: y quando la pasion fuese tan violenta, que aun apartar la vista por un instante se hiciese durisimo, en la primera precisa separacion de la presencia del objeto estaría remediado todo; pues desvanecida entonces la pasion, sería facil formar, y mantener el proposito de no presentarse jamás à la causa de ella. Pero la lastima es, que en nuestra memoria queda depositado el daño: cada recuerdo es una centella, que prende fuego en el alma: nuestra imaginacion es nuestro enemigo: y enemigo tal, que à tiempos concede treguas, mas nunca paces estables.

§. IX.

35 COnocida la causa del mal, ¿dónde acudirémos por el remedio? A la misma causa del mal. La imaginacion, que es quien hace, ò conserva la llaga, ha de currar la herida. La propria botica de donde sale el veneno, nos ha de ministrar la triaca.

36 Supuesto que la imaginacion de los objetos, que tie-

tienen actividad para mover la fibras del celebro, y mediante ese movimiento excitar las pasiones, hace el proprio efecto, que los mismos objetos: se puede turbar, corregir, ò mitigar el movimiento, que dá à las fibras del celebro la imaginacion de un objeto, que excita tal pasion, con la imaginacion de otro objeto, que excite otra pasion diferente. Si cotejamos los objetos presentes, es cierto que la presencia del objeto concitativo de una pasion, borra, obscurece, ò templa la impresion, que hace la presencia del objeto concitativo de otra pasion diferente. La razon es, porque dá movimiento diverso à las fibras del celebro, y este movimiento diverso, en caso que no extinga el primero, no puede menos de turbarle, ò hacerle mas remiso: por consiguiente, del celebro al corazon no se derivará la misma commocion que antes, sino otra diferente (a).

Pon-

(a) Si el salto de Leucadia, tan famoso entre los antiguos para curar la pasion amorosa, tenia la eficacia, que ellos le atribuian, es para mí cierto, que ésta dependia del mismo principio, de donde en el numero citado, y siguientes deducimos el modo de curar esta dolencia; conviene à saber, la fuerza, que tiene un objeto terrible, presentado à la imaginacion, para extinguir en el celebro, y por consiguiente en el corazon, los movimientos, que excita el objeto del amor. Por ser el salto de Leucadia, como remedio del amor, uno de los asuntos mas curiosos, que ocurren en la antigua Historia, y tener aqui lugar oportuno; creo que no se me desestimará el que dé noticia de él, tratandole criticamente con alguna extenison; pues aunque este ciertamente nada conducirá para la curacion de los enamorados, servirá à la curiosidad, y erudicion de los lectores.

Disertacion sobre el salto de Leucadia.

§. I.

1 ES Leucadia una Isla del mar Jonio, de cincuenta millas de circuito, colocada enfrente del Isthmo, que divide la Achaya del Peloponeso. Retiene aún, con poca, ò ninguna corrupcion entre los modernos Griegos, el nombre de Leucadia, que la daban los antiguos; bien que nuestros Geografos mas comunmente la apellidan Santa Maura, derivando à toda la Isla el nombre, que es proprio de su Ciudad capital. Terminase Leucadia por la parte de Mediodia en un promontorio, compuesto de escarpadas rocas, que se abanza sobre el mar à una grande altura; y este es el sitio donde hallaban su remedio los

37 Pongo el exemplo en un enamorado (pues este es el enfermo, cuya curacion solicitamos), el qual à la vista del objeto, que le arrastra, está sintiendo la violencia de la pa-

los miseros amantes, que padeciendo la infelicidad de no ser correspondidos, ni podian sufrir, ni extinguir de otro modo el fuego, que les devoraba las entrañas. El remedio consistia en arrojarse de aquella eminencia sobre las ondas; à lo que se dió, yá el nombre del salto de Leucadia, yá el salto de los enamorados. Yá se vé que esto era peligrosisimo, siendo lo mas natural costar la vida el arrojo, mayormente quando los Escritores nos pintan elevadisima aquella cumbre. Pero se usaba de la precaucion de tener cercado de barcos el sitio donde havia de caer el que se precipitaba, para acudir à salvarle, en caso que no llegáse yá al agua muerto, ò muriese del golpe.

38 Un rito supersticioso, que se practicaba en aquella Isla, dá motivo para conjeturar, que la precaucion dicha no era la unica de que se usaba, para salvar la vida de los enamorados, que venian à curarse. Todos los años, en un dia determinado, arrojaban de aquella cumbre un delinqüente, lo que observaban como un sacrificio expiatorio, à fin de precaverse de los males, de que estaban amenazados. Pero al mismo tiempo se hacia lo posible porque no pereciese, porque no solo le esperaban barcos abaxo para socorrerle, mas prendian de su cuerpo muchas plumas, y aun aves vivas para que la caída fuese lenta. Digo que se hace verisimil, que con los enamorados, que voluntariamente venian à arrojarse, se practicáse lo mismo. Es verdad que estos usaban de otra precaucion singular. Havia sobre el promontorio un famoso Templo de Apolo, de que hace mencion Virgilio en el tercero de la Eneida.

Mox, & Leucatæ nimbosa cacumina montis,
Et formidatus nautis aperitur Apollo.

A este Templo acudian primero devotos con sacrificios los que iban à curarse con el tremendo salto, implorando la proteccion de la Deidad, que se veneraba en él, para evitar que fuese mortal la caida. Pero la confianza, que tuviesen en su patrocinio, no sería tanta, que les hiciese despreciar esta otra diligencia.

39 Los mismos Escritores, que dán estas noticias, refieren varios casos, yá faustos, yá infelices, de amantes que fueron à buscar en aquel precipicio su remedio. De unos, que perdieron la vida; de otros, que se salvaron; pero sentando como cierto, que los que se libraron de la muerte, se libran tambien del amor. Huvo experiencias en uno, y otro sexo; pero en el femenino todas infelices. Cuentanse entre los hombres Deucalion, marido de Pyrrha; Phobo, hijo de Phoceo; el Poëta Nicostrato, amante de Tettigidéa; otro Poëta, llamado Charino, abrasado en una

pasion que le domína. Sucede, que en este estado le sorprende el estampido de un formidable trueno, ò que de golpe le dán una funestisima noticia, ò que insperada-men-

una abominable pasion por el Eunuco Eros, Copero de Antioco Eupator, Rey de Syria: un cierto Macés, natural de Buthrota, de quien se refiere la insigne singularidad, que haviendo recaído diferentes veces en la dolencia amorosa, no sé si con el mismo, ò con diferentes objetos, quatro veces dió el salto, y todas quatro logró la mejoría deseada. De las mugeres se cuentan entre otras dos famosisimas en la antigüedad, la sábia Sapho, y Artemisa, Reyna de Caria. Esta es en suma la historia del famoso salto de Leucadia. Reflexionemosla ahora con algo de cuidado, porque la materia es muy digna de critica.

§. II.

4 MOnsieur Hardion, de la Academia Real de Inscripciones, y Bellas Letras, à quien en parte debo estas noticias, no pone duda alguna en los hechos referidos. *Pareceme* (dice) *que no se puede dudar de la verdad de los hechos; porque fuera de que son testificados por un gran numero de Autores, el remedio no se mantendria mucho tiempo en credito, si no huviese curado à persona alguna; y la experiencia era muy costosa, para que nadie se arrojáse à ella sin fundar su esperanza sobre algunos exemplares incontestables.* Pero yo hallo mucho que dudar en lo que se le representa indubitable à Monsieur Hardion.

5 Lo primero, siendo tan enorme la altura del peñasco (pues aunque ésta no se determina con medída señalada, convienen los Autores en que es tanta, que la cumbre está comunmente escondida entre las nubes, ò lo que coincide, cubierta de nieblas), se hace increíble, que el salto dexase jamás de ser mortal, aunque fuese bien pertrechado de aves, y plumas el que se precipitaba; y las aves es manifiesto, que serian totalmente inutiles, porque desde el principio del descenso, el cuerpo precipitado, que las arrastraba consigo, las cortaria el impulso, y dexaria ineptas al vuelo, de modo, que ni aun podrian jugar las alas aquello, que era menester para retardar algo el movimiento ácia abaxo. Fuera de que es natural, que aturdidas se dexasen caer, como si fuesen cadaveres.

§. III.

6 LO segundo, los Autores que se citan, no son tantos, ni tales, por mas que Monsieur Hardion ostente su multitud, que puedan obligarnos al asenso en hechos de esta naturaleza. Cita Monsieur Hardion los mismos, que havia citado antes Monsieur Bayle en su Diccionario Critico, V. *Leucade*: y todos, sacando fuera los Poëtas, que no hacen fé, y los que se fundan unicamente en el testimonio de los Poëtas, no pasan de dos, y estos hablan de distintos casos.

§. IV.

mente vé acercarse un enemigo suyo con la espada desembaynada en la mano. Es cierto, que qualquiera de estos objetos dará un movimiento à las fibras de su celebro, que baraje, turbe, ò enteramente disipe el movimiento, que les daba el objeto amado: de que resultará necesariamente, que propagandose por los nervios aquel

§. IV.

7 LO tercero, algunos de los hechos carecen de verisimilitud. Determinamos dos, el de Deucalion, y el de Artemisa. De Deucalion se dice, que fue à curar con el salto de Leucadia, no algun amor impuro, sino el licito, que tenia à su esposa Pyrrha; el qual, aunque permitido, por ser vehementisimo le inquietaba, y afligia, y que en efecto logró la curacion, que deseaba. Mucha credulidad ha menester esta noticia. Un amor tan ardiente, tan activo, de condicion, digamoslo asi, dolorifera, y maligna, que desasosiega, y aflige al que lo padece, hasta el grado de exponerse à un remedio peligrosisimo para mitigarle, es incompatible en la posesion conyugal. Dando, que ese estado permita algunas violentas accesiones de la fiebre amorosa, los derechos, que dá el mismo estado, es natural, y aun necesario, que las mitiguen. Todo el mundo entiende, que el estado conyugal tanto es mas felíz, quanto es mayor el amor de los consortes. ¿No es quimera, que el amor por grande, haga à alguno tan infelíz, que busque su curacion en un remedio, que le arriesga la vida?

§. V.

8 EL suceso de Artemisa pide algo de excursion historica. Huvo dos Artemisas, entrambas Reynas de Caria, y entrambas famosas. La primera, por su insigne valor, è igual conducta en las empresas bélicas, de que dimos alguna noticia en el primer Tomo, Discurso XVI, num. 35. La segunda, por el tierno amor, que conservó en la viudéz à su difunto esposo Mausolo, y por la fábrica de aquel sumptuoso sepulcro, llamado *Mausoléo*, que le erigió para immortalizar en él la memoria de su amor, y que fue celebrado como una de las siete Maravillas del mundo.

9 Algunos Autores han confundido una Artemisa con otra, aunque huvo mas de un siglo de distancia entre las dos. Entre ellos podemos contar à Plinio, que en el libro 25, cap. 7, dice, que Artemisa, muger de Mausolo, dió su nombre à la hierba, que hoy llamamos asi, y antes de aquella Reyna se llamaba Parthenis; lo que no puede ser, porque Hippocrates, que floreció antes de Artemisa, muger de Mausolo, hace mencion de la hierba Artemisa con este nombre. Con que si alguna de las dos Reynas de Caria dió su nombre à la hierba, fue sin duda la primera. Tambien en orden al hecho del salto de Leucadia, las confunde Joseph Scaligero, y otros, que le siguen, atribuyendolo à la segunda; lo que sobre no tener fundamento en algun Escritor antiguo, se opone manifiestamente à lo que todas las historias unanimemente afirman del fino, y constante amor de aquella Reyna à su esposo vivo, y muerto, como vamos à mostrar immediatamente.

10 El suceso, que dió motivo à Artemisa, para exponer su vida en el salto de Leucadia, se refiere de este modo. Enamoróse esta Reyna, en el estado de viuda, de un hermoso mancebo, llamado Dardano, el qual nunca quiso resolverse à corresponderla; por lo que ella, irritada, sorprehendiendole una vez dormido, le arrancó los ojos. La satisfaccion de su ira no lo fue de su amor, Arrepintióse luego de su inhumanidad, y la llama del amor se encendió en su pecho mas furiosa que nunca. Buscó en la consulta de un Oraculo el remedio, y fuela respondido, que se precipitase de la roca de Leucadia. Hizolo, y perdió el amor; pero juntamente la vida. Vease cómo puede adaptarse este suceso à la segunda Artemisa, de quien concordes los Historiadores afirman, que dos años que sobrevivió à su esposo, no hizo mas que gemir su muerte, y trabajar en el magnifico monumento, que hemos dicho, para eternizar su memoria: añadiendo algunos, que no satisfecha con esto su pasion, haviendo reducido à cenizas el cadaver, dió pasto à su fineza, trangandoselas poco à poco: extremo el mas singular à que puede llegar un tierno amor.

11 Solo puede, pues, atribuirse à la primera Artemisa el caso del amor de Dardano con sus funestas resultas. A la verdad, esta aventura, ni en todo desdice, ni en todo es conforme al caracter de aquella Reyna. Es impropria en ella, por lo que tiene de amorosa; no desdice, por lo que tiene de trágica. Fue Artemisa Princesa de grande espíritu, en extremo osada, astuta, y ambiciosa, guerrera ilustre, y afortunada, muger de cabeza, y manos. Dixo, à mi parecer, bien un critico moderno de gran nombre, que rarisima vez mugeres, que se dedican à altos cuidados, son trabajadas por la parte del amor. Yo añado, que mucho menos, si el genio las conduce à ellos. En efecto, en orden à esto es facil notar en las Historias una gran diferencia entre uno, y otro sexo. A cada paso se encuentran en ellas hombres de genio bélico, y político, empeñados en grandes proyectos, muy activos en la prosecucion de designios ambiciosos, y con todo, de un temperamento muy expuesto à pasiones amorosas. Al contrario entre las mugeres, muy rara se encontrará de espíritu sublíme, y heroyco, que padeciese indignas fragilidades. Aunque la razon physica de esta diferencia no es muy oculta; para qué detenernos ahora en explicarla? Empero como esta regla admite excepciones, el capitulo del alto corazon de Artemisa no basta por sí solo para

aquel movimiento al corazon, sucederá en éste la pasion del pavor à la del amor.

38 Ni se piense, que esto se hace por la mera distraccion para condenar como fabuloso su ciego afecto al joven Dardano.

12 Mas al paso que esta fragilidad es algo estraña en una muger de aquel espiritu, se debe confesar, que es muy natural una venganza cruel, viendose despreciada. Una Reyna feroz, y altiva, ¿de qué rabia, de qué furor no es capáz contra quien ultraja su vanidad, desestimando su amor? Asi, supuesta su pasion, y la inutilidad de sus diligencias para vencer à Dardano, era muy natural la cruel venganza de arrancarle los ojos. Tambien era natural, executada la venganza, el arrepentimiento, y envuelta en el mismo arrepentimiento nueva accesion violentisima de la amorosa fiebre: de modo, que conspirados el dolor, y el amor contra el corazon de la Reyna infelíz, le despedazasen miseramente.

13 Es asi, que hasta aqui vemos un suceso en parte improprio, en parte natural en el sugeto de quien se refiere; mas de ningun modo repugnante: de modo, que si la posibilidad por sí sola bastase para el asenso, teniamos lo necesario para dár credito à la Historia. Mas como la critica, demás de la posibilidad, debe contemplar la verisimilitud de los hechos, y la fuerza de los testimonios, que acreditan su existencia, por estos dos principios hemos de decidir la qüestion.

14 Digo, pues, que el suceso, comprehendidas todas sus circunstancias, es poco, ò nada verisimil; y mas parece aventura de novela, que de historia. Yá hemos visto, que desdice mucho del espiritu de aquella Reyna haverse dexado dominar despoticamente de una pasion indigna. La constante resistencia de Dardano está muy cerca de totalmente increible. Doy que para él no tuviese atractivo el amor de una Reyna victoriosa, y felíz. Doy que las lágrimas, los ruegos, las promesas, las dadivas no tuviesen fuerza para vencerle, aunque ésta yá es demasiada virtud para un Gentil. ¿Pero cómo es creible, que resistiese à las amenazas, las quales, sin duda, precedieron à la sangrienta execucion? Tampoco estimaria, ò su vida, ò sus ojos? Ultimamente, la resolucion, y mucho mas la accion de precipitarse, aunque fuese dictado por un oráculo, halla una resistencia tan fuerte de la naturaleza, que de nadie debe creerse sin gravisimo fundamento.

15 ¿Pero qué fundamento hay para creer un complexo de circunstancias tan irregulares, y extraordinarias? El mas débil del mundo. Toda esta historia estriva unicamente en la fé de un Autor, y Autor poco conocido; pues no han quedado de él mas escritos, que unos pequeños retazos, que insertó el Patriarca Phocio en su Bibliotheca, en uno de los quales se contiene la historia de que tratamos. Llamabase éste *Ptolo-*

cion del ánimo de un objeto à otro: pues es cierto, que aun cesando la presencia del objeto terrible, y volviendo la consideracion al amable, se experimenta, que por algun rato

méo de Ephestion: esto es, *hijo de Ephestion*. Todos los que escribieron tan raro suceso, de éste lo trasladaron, porque à éste unicamente citan. Un Autor solo, aun quando se hallase muy calificado, sería corto fiador para asunto tan dificil. ¿Qué dirémos de un Autor obscuro? Suidas hace memoria de él, y dice, que vivió en los tiempos de Trajano, y Adriano; esto es, seiscientos años, poco mas, ò menos, despues de Artemisa. Añadese esta circunstancia para prueba de la poca fé, que merece en sucesos tan anteriores à él.

§. VI.

16 EL quarto fundamento, que tenemos para condenar como apocryfo lo que se dice del salto de Leucadia, es la mezcla, que ésta narracion tiene con las fabulas, y quimeras del Gentilismo. El mismo Ptoloméo de Ephestion refiere, como ahora dirémos, el principio por donde se supo, que la roca de Leucadia tenia virtud curativa del amor. Luego que Venus supo la muerte de su querido Adonis, puso todo su cuidado en buscar el cadaver, pensando lograr un gran consuelo en el desahogo de bañarle con sus lagrimas. Hallóle en un Templo de la Isla de Chypre; pero la vista del cadaver, bien lexos de aliviarla, avivó mas su amor, y por consiguiente su dolor. En esta afliccion se le propuso el expediente de consultar à Apolo, como Dios de la Medicina. Este, conduciendola à la eminencia del promontorio de Leucadia, la aseguró, que como se precipitase de ella, convaleceria perfectamente de su dolencia. Obedeció la Diosa, y logró la sanidad deseada. Admirada de tan prodigioso efecto, le preguntó à Apolo, ¿de dónde sabía, que aquella roca tenia virtud tan peregrina? A lo que Apolo la respondió, que el primero que la havia experimentado, y descubierto, era Jupiter, el qual, fatigado de la extremada pasion, que tenia por Juno, y buscando remedio para ella, el unico que havia encontrado, era sentarse sobre la cumbre de aquella roca. ¡Qué extravagancias por tantos caminos ridículas!

§. VII.

17 FInalmente me parece no debo omitir, que aunque la tragedia de la docta Sapho, que es una de las amantes infelices à quienes se atribuye el salto de Leucadia, se halla repetida en tantos libros; todos los Autores, que la refieren, à lo que he podido colegir, bebieron esta noticia en Menandro. ¿Y quién fue Menandro? Un Poëta Cómico Atheniense. Dicho que fue Poëta, está entendido qué grado de fé merece. Que la insigne Poëtisa Sapho fue de un temperamento extremamente amoroso; que se hizo tan infame por su vida impudica, como famosa por su delicado ingenio; que fue amante, y un tiempo amada de